



E L D U E N D E V E R D E

# CINCO RATONES

José Luis Ferris

Ilustración: Jordi Sunyer



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: José Luis Ferris, 2016  
© De las ilustraciones: Jordi Sunyer, 2016  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2016

Diseño: Taller Universo  
ISBN: 978-84-698-0847-4  
Depósito legal: M-3493-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

José Luis Ferris

# CINCO RATONES

Ilustración: Jordi Sunyer

# Q U E R I D O L E C T O R

Me gustaría decirte que todos los personajes de este libro y todo lo que pasa en él los he inventado para ti, pero no quiero engañarte. Hace unos meses, leyendo un reportaje sobre un sabio que había perdido la memoria, me acordé de doña Elisa. Era mi vecina del 2.º B cuando yo no había cumplido aún los diez años. Doña Elisa tenía un perro que se llamaba Roldán y los dos vivían solos en una casa encantada. Lo sé porque un día ayudé a la anciana a subir las bolsas de la compra y me invitó a entrar. Todo olía a caramelos de menta. La salita donde pasaban el tiempo era lo mejor: estaba llena de objetos, figuras y cachivaches de todos los lugares del mundo. Siempre he pensado que si a la salida de

la Tierra pusieran una tienda de recuerdos sería exactamente como la casa de doña Elisa. Me regaló una esfera de cristal que, al agitarla, fabrica una nevada que no termina nunca. La tengo ahora junto al teclado del ordenador porque me trae suerte. Siempre la llevé conmigo.

A doña Elisa y a Roldán dejé de verlos muy pronto. Mi madre me contó que la anciana había perdido la cabeza y que a Roldán se lo habían llevado a un albergue de animales. No sé si fue así, pero he escrito este libro para que mi recuerdo de ellos, si alguna vez se apaga, quede encendido para siempre en el corazón de alguien como tú.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Peribifars', located at the bottom right of the page.

*A Rafaela García Tolosa, mi abuela,  
que, sin saber leer, me contó  
todos los cuentos del mundo.*

# 1

---

## QUERIDO LUCAS

**Q**UERIDO LUCAS, *hace cinco ratones que nada sé de ti. Y eso no está bien. Nada bien.*

*Me gustaría ser como tú, escribir poco y olvidar mucho, pero tengo demasiados años sobre mi espalda y, como dice Sacri, la vecina del cuarto B, a ver quién cambia ahora, a mi edad.*

*Y no creas que me gusta empezar otra carta con lamentos y reproches. De eso nada, pero he contado cinco ratones desde la vez que me llegó tu última postal. Cinco ratones la mar de fanfarrones, petulantes diría yo, paseándose sobre la alfombra sin la menor consideración y sin ningún respeto. Ya te digo. Como si supieran que una es vieja de remate y no puede arrearles un sonoro escobazo, como en los buenos tiempos. Es*

*como si lo supieran, Lucas. Y eso que aún tengo muy buena vista y les persigo por encima de las gafas allá donde van. Primero a uno, el que apareció el mismo día de tu cumpleaños, por detrás del televisor. Se tomó unas confianzas..., y tenía un descaro que al principio me ofendió, tal cual; pero luego, cuando me acostumbré a sus carreras y a sus salidas de tono, a sus saltitos ridículos, hasta me dio risa y me pareció un ratoncillo bobo y divertido.*

*El segundo debió de entrar de la calle huyendo de algún gato. Lo encontré en la cocina, junto al cubo de la basura...*

—No vaya tan de prisa, doña Lupe, que mi mano no es tan rápida —dijo Inés mirando a la anciana con sus ojillos de ardilla.

Inés era una niña fantástica en todos los sentidos. Sus nueve años le sentaban muy bien y se ajustaban como un guante a su aspecto radiante y alegre, pero su cabecita estaba llena de demasiadas preguntas, de demasiada inquietud, de demasiados recuerdos para su edad, recuerdos de todos los colores: hermo-





sos, sublimes, tristes, remotos o intensos como el olor de las violetas.

—Si quieres lo dejamos —exclamó la anciana desde su sillón de mimbre, al tiempo que acariciaba, con la mano derecha, la cabezota de Tristán, un perro robusto y tranquilo—. A veces pienso que deberías estar con tus amigas, jugando en la plaza, como todos los niños del barrio. No me parece bien que vengas cada tarde a escuchar a esta vieja; y mucho menos que te pongas a escribir cartas y más cartas para ese hijo mío que apenas se acuerda de quien le trajo al mundo. No se las merece.

—Sabe que no es así, doña Lupe —aclaró la niña—. Ya juego bastante en el recreo del colegio. Además, a su lado practico caligrafía y ortografía, que me viene muy bien.

—Y yo practico para ser un poco más feliz, pequeña —dijo la mujer con voz de satisfacción—. Antes de conocerte, las cosas eran muy distintas para mí; tanto, que ya ni me acuerdo de lo que hacía para llenar el tiempo.

—No diga esas cosas —aclaró Inés—. Alguien vendría a visitarla. Es usted la vecina más

divertida que he tenido jamás. No le faltarían amigas para hacerle compañía.

—Piensa lo que quieras —repuso doña Lupe—, pero me cuesta mucho recordar en qué ocupaba el tiempo antes de conocerte.

—¿En ver telenovelas? —dijo la niña.

—Hace años que no enciendo el televisor. Ni siquiera está enchufado —dijo la anciana invitando a la pequeña a que lo comprobara con sus propios ojos.

—¿En tejer un chaleco de lana para Tristán? —preguntó sonriendo la Inés.

—Soy muy torpe con las agujas. De joven hacía punto de cruz, zurcía los calcetines de Lucas y colocaba algún botón. Pero de eso hace una eternidad.

—Seguro que salía a pasear por el parque.

—Tampoco me veo paseando por la ciudad o por el parque más allá de lo imprescindible. Hace mucho que no me pierdo por esas calles de Dios, y eso que antes era una auténtica tro-tamundos.

—Entonces seguro que cocinaba. Sus guisos deben estar riquísimos, y sus postres, para chuparse los dedos.

—Lo siento mucho, Inés —se lamentó la anciana—. Apenas piso la cocina. Tristán y yo nos alimentamos de latas, huevos, galletas y pan de molde. Soy un desastre con los fogones.

—¡Ya lo tengo! —la niña creyó saber la respuesta—: La música. Seguro que antes de conocernos se pasaba las tardes oyendo óperas, zarzuelas y sinfonías de esos compositores que nos explica doña Ana en el colegio.

—Claro que me gusta la música —la mujer se esforzaba por no seguir decepcionando a Inés—, pero el único tocadiscos que conservo dejó de funcionar hace muchos ratones.

Por un momento, la pequeña se había olvidado de su propia vida. Estaba casi hipnotizada por las palabras de aquella anciana que, sin pretenderlo, despertaba en ella sentimientos diferentes, incluso opuestos. Con doña Lupe era muy fácil ir de la risa a la melancolía, de la carcajada a la tristeza.

—¡Usted se pasaba las tardes leyendo! —exclamó por fin Inés.

El rostro de doña Lupe se llenó de paz; una paz dulce y contagiosa. Miró a la niña y, tomando sus manos, le dijo:

—¿Has olvidado que no sé leer?

La pequeña reparó entonces en que se había excedido con las preguntas. También cayó en la cuenta de que había empezado a querer a doña Lupe más de lo que imaginaba.

—Hay que ver cómo eres —susurró la mujer—. En fin, ya no sé ni por dónde iba.

—Por el segundo ratón, ¿no se acuerda? —dijo Inés—. El que se encontró junto al cubo de la cocina.

—Junto al cubo de la basura y zampándose unas migas de turrón... Menudo era el tragaldabas. —Doña Lupe se reía con la boca pequeña mientras arrugaba la nariz, imitando a un ratón de verdad.

Inés ya estaba dispuesta. Sentada sobre una silla de pino y, a su vez, sobre un almohadón que la elevaba blandamente hasta la superficie de la mesa del salón, tenía a su alcance todos los elementos necesarios para su tarea diaria: varias hojas de papel pautado para escribir sin torcerse ni un milímetro, un lápiz con la punta bien afilada, goma de borrar, sacapuntas y una cajita con sobres y sellos.



## EL DUENDE VERDE

Inés pasa las tardes con su vecina Lupe. La niña escribe las cartas que la anciana le dicta para enviárselas a su hijo Lucas, que vive en Nueva Zelanda. Estas misivas son relatos llenos de magia, de imaginación, de recuerdos... Pero la realidad y la fantasía parecen confundirse en la mente de Lupe; como si unos ratones fueran royendo poco a poco su memoria.

Edad recomendada  
para este libro:  
**A partir de 8 años**

ISBN 978-84-698-0847-4



9 788469 808474

[www.anayainfantiljuvenil.com](http://www.anayainfantiljuvenil.com)

1571203

**ANAYA**